

Blanchot, Maurice, *La comunidad inconfesable*, Arena  
Madrid, 1999.

apelaba a un saber frágil, no comprometía a sus miembros, así como a su auditorio, sino a un trabajo de reflexión y de conocimiento sobre temas que las instituciones oficiales descuidaban parcialmente, pero que no eran incompatibles con ellas. Tanto menos cuanto que los maestros de esas instituciones habían sido, bajo diversas formas, sus iniciadores.

LA COMUNIDAD DE ACÉPHALE

Cfr. "La secta del Fénix"

«Acéphale» sigue ligado a su misterio. Los que participaron en él no están seguros de haber formado parte de él. No han hablado, o los herederos de su habla han mantenido una reserva todavía firmemente sostenida. Los textos que fueron publicados bajo este título no despejan su alcance, excepto algunas frases que mucho tiempo después aún turbaban a quienes habían escrito. Cada miembro de la comunidad no es solamente toda la comunidad, sino la encarnación violenta, disparatada, estallada, impotente, del conjunto de seres que, al tender a existir íntegramente, tienen como corolario la nada en que ellos de antemano ya han caído. Cada miembro forma grupo sólo mediante la separación que es menester afirmar para que se rompa hasta el punto de convertirse en relación, relación paradójica, incluso insensata, si es relación absoluta con otros absolutos que excluyen cualquier relación. Finalmente el «secreto» —que

grupo



significa esta separación— no se encuentra directamente buscando en el bosque donde hubiera debido realizarse el sacrificio de una víctima consentidora, lista para recibir la muerte procedente de aquel que no se la podía dar sino muriendo. Es demasiado fácil evocar *Les possédés* y las peripecias dramáticas en el curso de las cuales, para cimentar el grupo de conjurados, la responsabilidad de un asesinato cometido por uno solo estaba destinada a encadenar entre sí a aquellos que mantenían su ego en la persecución de un fin revolucionario común a todos y donde todos hubieran debido fundirse en uno. Parodia de un sacrificio efectuado no para destruir cierto orden opresor sino para reconducir la destrucción a otro orden de opresión.

La comunidad de *Acéphale*, en la medida en que cada miembro cargaba no sólo con la responsabilidad sino con la existencia de la humanidad íntegra, no podía realizarse en solo dos de sus miembros, puesto que de ella todos tenían una parte igual y total y se sentían obligados, como en Massada, a precipitarse en la nada que la comunidad también encarnaba. ¿Era eso absurdo? Sí, pero no solamente, porque era romper con la ley del grupo, la que lo había constituido exponiéndolo

a lo que lo trascendía sin que esta trascendencia pudiera ser distinta de la del grupo, el afuera que la intimidad de la singularidad del grupo. De otro modo, la comunidad, al organizar ella misma otorgarse el proyecto de la ejecución de una muerte sacrificial, habría renunciado a su renuncia a *obra*, aunque ésta fuere de muerte, in simulación de la muerte. La imposibilidad de muerte en su posibilidad más desnuda (el culpable para rebanar la garganta de la víctima que rebota con el mismo movimiento la cabeza del «verdugo» suspendía hasta el final de los tiempos la a ilícita donde se habría afirmado la exaltación más pasiva pasividad.

## SACRIFICIO Y ABANDONO

---

Sacrificio: noción obsesiva para Georges Bataille, pero cuyo sentido sería engañoso si él no se deslizara constantemente desde la interpretación histórica y religiosa a la exigencia infinita a la que se expone en lo que lo abre a los demás y lo separa violentamente de sí mismo. El sacrificio atraviesa a Madame Edwarda, pero no se expresa en ella. En la *Théorie de la religion*, se afirma: «sacrificar no es matar, sino abandonar y dar». Vincularse a Acéfalo es abandonarse y darse: *darse sin restitución al abandono sin límite*<sup>1</sup>. Aquí tenemos el sacrificio que funda la comunidad deshaciéndola, entregándola al

<sup>1</sup> Hay el don por el cual se obliga a quien lo recibe a entregar un excedente de poder o de prestigio a aquel que da —de este modo, no se da nunca. El don que es abandono encomienda al ser abandonado a perder, sin pensar en una restitución, sin cálculo y sin salvaguarda, hasta su ser que da: de ahí la exigencia de infinito que está en el silencio del abandono.



tiempo dispensador que no la autoriza, tampoco a los que se dan a ella, a ninguna forma de presencia, y remitiéndolos así a la soledad que, lejos de protegerlos, los dispersa o se disipa sin que se reencuentren a sí mismos o juntos. El don o el abandono es tal que en último término no hay nada que dar ni nada que abandonar y tal que el tiempo mismo es solamente una de las maneras entre las cuales ese nada que dar se ofrece y se retira como el capricho de lo absoluto que sale de sí dando lugar a otro distinto de sí, bajo las especies de una ausencia. Ausencia que, de una manera restringida, se aplica a la comunidad de la cual sería su único secreto, evidentemente inasible. La ausencia de comunidad no es el fracaso de comunidad: ella le incumbe a ella como su momento extremo o como la prueba que la expone a su desaparición necesaria. *Acéphale* fue la experiencia común de lo que no podía ser puesto en común, ni conservado como propio, ni reservado para abandonarlo ulteriormente. Los monjes se desprenden de lo que tienen y se desprenden de ellos mismos para formar parte de la comunidad a partir de la cual se convierten en poseedores de todo, bajo la garantía de Dios; del mismo modo el Kibbutz, del mismo modo las formas reales o utópicas del comunismo. La comunidad de

*Acéphale* no podía existir como tal, sino solamente como la inminencia y la retirada: inminencia de una muerte más próxima que toda proximidad, retirada previa de lo que no permitía que uno se retirase. La privación de la Cabeza no excluía solamente la primacía de lo que simbolizaba la cabeza, el jefe, la razón razonable, el cálculo, la medida y el poder, comprendido ahí el poder de lo simbólico, sino la exclusión misma entendida como un acto deliberado y soberano, que hubiera restaurado la primacía bajo la forma de su caducidad. La decapitación que debía hacer posible «el desencadenamiento sin fin [sin ley] de las pasiones» no podía realizarse sino mediante las pasiones ya desencadenadas, afirmándose ellas mismas en la inconfesable comunidad que sancionaba su propia disolución<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> La novela de Dostoievsky, *Les possédés* o *Les démons*, procede, se sabe, de un suceso político, por lo demás muy significativo. Se sabe también que la reflexión de Freud acerca del origen de la sociedad le obliga a buscar en un crimen (soñado o cometido —pero, para Freud, necesariamente real, realizado) el tránsito de la horda a una comunidad reglada u ordenada. El asesinato del jefe de la horda lo convierte en padre, a la horda en grupo y a los miembros de la horda en hijos y hermanos. «El crimen preside el nacimiento del grupo, de la historia, del lenguaje»